

bach, dejando guarnecida Venecia, sin que Massena le persiguiese por de pronto, por el temor que abrigaba de la llegada al reino de Nápoles de un ejército anglo-ruso llamado por la reina María Carolina. Además, la situación del Tirol impedía á Gouvion Saint-Cyr pasar otra vez á la Italia meridional. Ney, peleando en pleno invierno en las montañas del Tirol contra el archiduque Juan, se apoderó de Scharnitz (7 de Noviembre) y de Inspruck, y entonces el archiduque se dirigió con toda rapidez hacia Klagenfurth, por los puertos de Brenner y de Toblach, con el fin de reunirse con su hermano Carlos. Jellachich, que, como hemos visto, se había escapado de Ulm con la idea de reforzar el ejército del Tirol, se encontró completamente aislado. Augereau y el séptimo cuerpo, que ya habían salido de Brest, llegaron justamente á tiempo para apoderarse de Felókirch y alcanzar á Jellachich en Fussen, obligando á rendirse á una mitad de sus tropas. La otra mitad, al mando del príncipe de Rohán, bajó hacia el Sur con objeto de reunirse con el archiduque Juan, pero se encontró en Castelfranco al ejército de Saint-Cyr, que se dirigía á Nápoles, y se vió obligada á capitular (25 de Noviembre de 1805). El archiduque Juan, venciendo grandes dificultades, pudo reunirse en Cilly con el ejército de Italia, dirigiéndose entonces hacia Viena; pero Marmont le derrotó en las cercanías de Gratz, al mismo tiempo que Davout se apoderaba de Presburgo, adelantándose hasta Nikolsburgo con objeto de cortar el camino de Moravia. El ejército francés, por las posiciones que ocupaba, dejaba aislados los grandes cuerpos del ejército austro-ruso, impidiendo que se reuniesen en Moravia con las tropas que personalmente mandaban los emperadores aliados, quienes habían adoptado un plan de campaña, del general Weirother, que consistía en cortar á los Franceses el paso del Danubio y reunirse con el archiduque sobre el Raab. Tenían tanta más confianza en este plan cuanto que en virtud de las negociaciones entabladas con Prusia, contaban con que un ejército de 60.000 Prusianos, procedentes de Bohemia, cortaría á Napoleón la retirada á Francia.

El conde de Haugwitz, que estaba al frente del gobierno de Prusia desde 1794, y que había sabido mantener hábilmente una política de neutralidad, algo favorable á la alianza francesa, fué

reemplazado en 1804 por su discípulo Hardenberg, el cual, por una singular ilusión, creyó seguir el mismo sistema inclinándose con verdadero interés unas veces á un lado y otras á otro, sin comprender que los cambios frecuentes en materia de alianzas no constituyen la verdadera neutralidad, y que los arrebatos, en cualquier sentido, nunca son hijos de la moderación y de la seriedad. En un principio aceptó con entusiasmo los ofrecimientos que le hicieron



El mariscal Ney devuelve á los soldados del regimiento n.º 76, de infantería de línea, sus antiguas banderas, depositadas en el arsenal de Inspruck. (Cuadro de Meynier, Museo de Versalles)

Duroc, en Agosto de 1805, y Laforest, en Septiembre, relativos á la cesión del Hanover á Prusia, con la cual Napoleón pensaba enemistarla con Inglaterra, impidiendo así para el presente como para el porvenir que entrase en ninguna coalición contra Francia; pero Hardenberg, al tener noticia de la violación del territorio de Anspach por los Franceses, cambió bruscamente de parecer, y tan francés como fué en un principio, se hizo después amigo de los Rusos. Haugwitz no pudo evitar el tratado de Potsdam, pero obtuvo, en cambio, el encargo de llevar á Napoleón el ultimátum de Prusia.

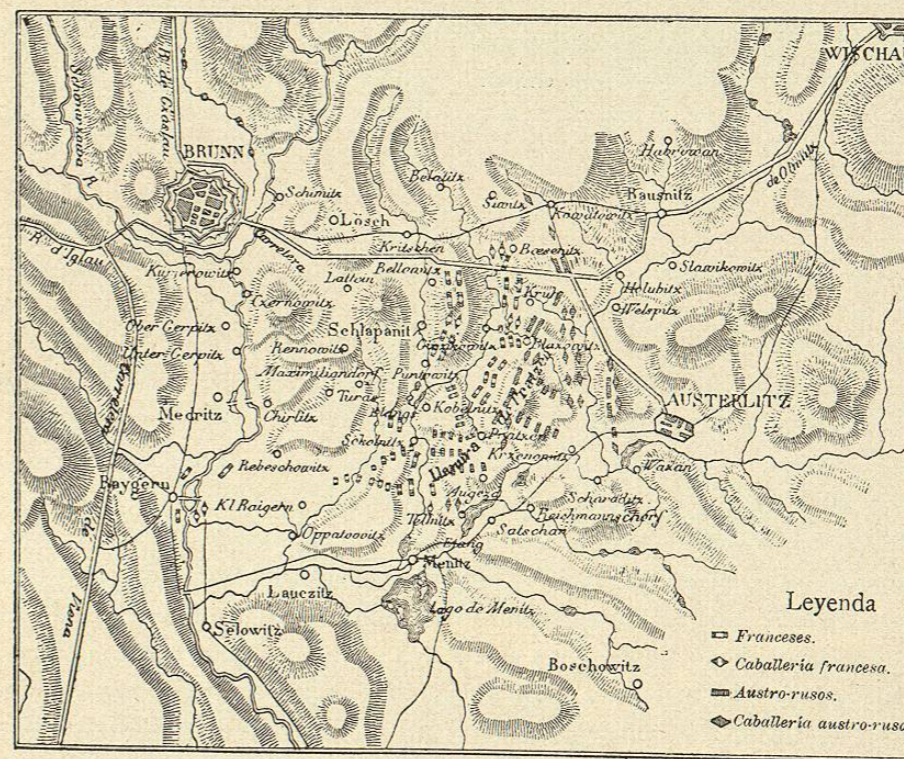
Animados con esta actitud de Prusia, los aliados procedieron inmediatamente á desenvolver el plan por medio del cual creían

cerrar á Napoleón el camino de Francia. Hallábanse acampados en Olmutz con 90.000 hombres. Los Franceses, que no contaban sino con 65.000 (pues Mortier se había quedado en Viena y algunos regimientos en el Danubio, para proteger la retirada en caso necesario), tenían sus avanzadas en Wischau, y su cuartel general en Brunn. El enemigo, maniobrando para copar á las tropas francesas de Moravia, comenzó por arrojar de Wischau nuestras avanzadas, desfilando luego hacia el Sur, sobre Austerlitz, en vez de adelantarse hacia Brunn, descubriendo así por completo sus propósitos. Napoleón, deseando atraerle al campo de batalla que había escogido, fingió abrigar temor respecto á su suerte y envió á Savary con proposiciones de paz. El Czar, por su parte, mandó á Napoleón su ayudante Dolgorouki con un pliego á modo de ultimátum en cuyo sobre se leía: «Al jefe de la nación francesa,» título que dispensaba á los aliados de reconocer á Napoleón como Emperador, con lo cual habían quedado tan contentos como si hubiesen alcanzado una victoria.

Napoleón, fuese por verdadera curiosidad, fuese por el deseo de aumentar la confianza del enemigo fingiendo apresuramiento, salió al galope al encuentro de Dolgorouki, hasta rebasar sus últimos centinelas. En su conferencia con Napoleón, demostró Dolgorouki una arrogancia en extremo ridícula y fuera de tono, manifestando que Francia sólo podía obtener la paz abandonando Italia, la orilla izquierda del Rin y Bélgica. Napoleón se contuvo en un principio; pero cuando el joven oficial, que hubiera podido al menos demostrar cierta deferencia hacia el primer general de Europa, le ofreció insolentemente permitirle retirarse sano y salvo tras el Danubio si prometía evacuar inmediatamente á Viena y los Estados hereditarios, concluyó aquél la paciencia y le dijo: «Retiraos, caballero, marchad y decid á vuestro amo que no me dejó insultar de esta manera; retiraos inmediatamente.» Dolgorouki volvió al campamento de los aliados sumamente ufano de la altiva actitud que había observado, diciendo á boca llena que el enemigo estaba completamente desmoralizado, que Napoleón se veía perdido, que no cabía la menor duda de que ya eran dueños de su ejército y que era conveniente apresurar la batalla, pues temía que se escapara batiéndose en retirada, y

hasta llegó á recomendar á sus soldados que vigilasen bien el punto por donde iban á huir los franceses.

La concentración que operó el Emperador incorporando rápidamente al ejército los cuerpos de Bernadotte y de Davout, acampados el primero á su derecha y el segundo á su izquierda, y su retirada abandonando la fuerte posición de las alturas de Pratzen, concluyeron



1800 Toesas.
0 600 1200 1800
Plano de la batalla de Austerlitz.

por desorientar á los aliados, cuando en realidad no eran sino maniobras por medio de las cuales Napoleón procuraba llevarles al terreno por él escogido. «Si tratase únicamente de impedirles el paso, — dijo á sus generales, — me colocaría aquí, pero tendríamos sólo un simple combate; si, por el contrario, mantengo compacta mi derecha, retirándola hacia Brunn, y los Rusos abandonan estas alturas, están perdidos irremisiblemente.» Terminado el movimiento, el ejército francés quedó formado de este modo: la izquierda daba la espalda al monte Bosenitz, el centro tenía á su frente el río Goldbach y las alturas de

Pratzen, y la derecha, constituída sólo por dos divisiones, al mando de Davout, se extendía por detrás de la línea de batalla hasta Sokolnitz, Telnitz y las lagunas de Menitz, dejando un espacio libre entre ellas y las tropas francesas. El plan de Napoleón consistía, pues, en separar cuanto fuese posible la izquierda enemiga del centro, destruyéndola y obligando al mismo tiempo á abandonar la meseta de Pratzen á las tropas que la coronaban. Todo ocurrió tal como el Emperador lo había dispuesto: la batalla pareció una parada en la que mandase los dos ejércitos. La víspera dirigió á sus soldados una proclama en la que, con la mayor claridad, exponía el plan del combate; tan sencillo era y tanto confiaba en la lealtad de todos:

«Soldados:

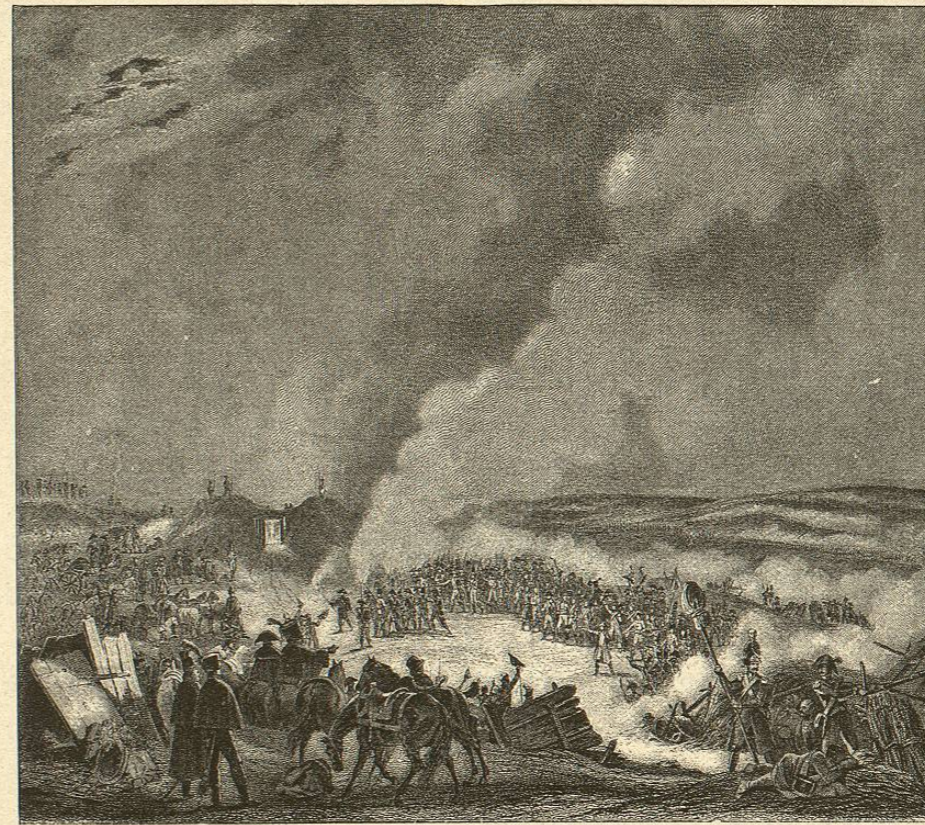
» El ejército ruso se encuentra ante vosotros para vengar al ejército austriaco de Ulm. Los batallones que tenéis enfrente son los mismos que habéis batido en Hollabrunn y que desde aquel punto hasta aquí habéis perseguido sin cesar.

» Las posiciones que ocupamos son formidables, y cuando traten de envolver nuestra derecha nos presentarán su flanco.

» Soldados, yo os guiaré personalmente. Si con vuestro valor acreditado sembráis el desorden y la confusión en las filas enemigas, permaneceré separado del fuego; pero si la victoria se presenta un momento indecisa, veréis á vuestro Emperador en las primeras filas, pues no es posible renunciar á la victoria, sobre todo en esta jornada, en la cual está empeñado el honor de la infantería francesa, que tanto importa al honor de la nación entera. No rompáis vuestras filas con pretexto de conducir á los heridos, y convencéos íntimamente de que es preciso vencer á esos mercenarios de Inglaterra, que tan grande odio abrigan contra nuestro pueblo. Esta victoria terminará la campaña y nos permitirá retirarnos á nuestros cuarteles de invierno, en los cuales se nos reunirán los nuevos ejércitos que se están formando en Francia, y entonces la paz que impondré será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.»

En la noche del 1.º de Diciembre, Napoleón recorrió las avanzadas de su ejército, para hacerse cargo por sí mismo del estado moral en que se hallaba. «Salió de su tienda y montó á caballo, con su escolta, para visitar los puntos avanzados. Reinaba completa oscuridad, por lo que le acompañaban, para disiparla, cuatro granaderos de á caballo llevando antorchas encendidas; esto dió lugar á un espectáculo sorprendente: todos los soldados de la guardia cogieron puñados de paja de sus tiendas y los encendieron, pasándose el

fuego de unos á otros y gritando: «¡Viva el Emperador!» entre transportes de la mayor alegría. Todos los cuerpos del ejército les imitaron, tocando las músicas y las bandas de tambores. Los Rusos, acampados á más de cien pies de altura, podían ver perfectamente, frente á ellos, siete cuerpos de ejército marcados por siete líneas de fuego.



Vivac del ejército francés en la noche anterior á la batalla de Austerlitz (1.º de Diciembre de 1805). Cuadro de Bacler-Dalbe

Davout, siguiendo las órdenes de Napoleón, retrocedió lentamente, en la mañana del día 2, ante el ala izquierda rusa, separándola mucho del centro, de manera que quedó encerrada entre las lagunas y la derecha francesa. En el centro, Napoleón contenía al mariscal Soult, que mostraba grande impaciencia por atacar la meseta de Pratzen. «Esperemos, — le decía; — cuando el enemigo emprende un movimiento falso, hay que guardarse de estorbárselo;» y en el momento oportuno mandó al general que atacara la posición, de la cual